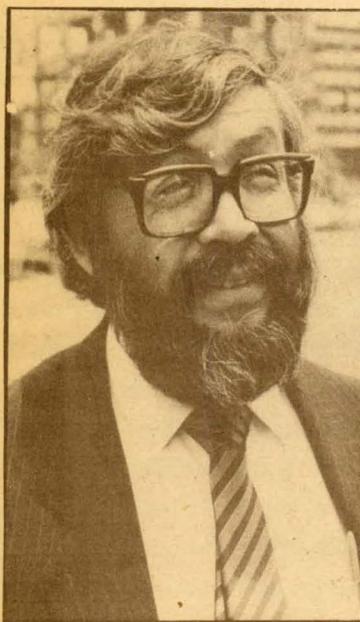


DE COMO VINO Y COMO SE FUE

Paul Volcker

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

25-VI-86



El lunes nueve de junio estuvo en México durante unas pocas horas el señor Paul Volcker, presidente de la Reserva Federal de los Estados Unidos, equivalente al banco central. Es probable que no sepamos en breve plazo, con precisión, los términos de su corta estancia, y de las conversaciones que por lo menos con el secretario de Hacienda, pero probablemente también con el Presidente de la República sostuvo en esas horas, pero podemos imaginar dos posibles cursos de tales encuentros, a juzgar por los resultados de ellos.

Durante la semana anterior a esa visita relámpago, altas autoridades mexicanas dedicaron buena parte de su tiempo a filtrar una noticia que, de concretarse, hubiera estremecido los

mercados internacionales de dinero: México no pagaría más el servicio de su deuda, o la limitaría a la capacidad de pago que se derivara de su ingreso de divisas y sus necesidades de ellas para crecer. La táctica fue útil, porque el mensaje no tardó en llegar a donde sus emisores querían: los centros financieros renuentes a soltar a México los cuatro mil millones de dólares que el Congreso mexicano autorizó a solicitar, y que tan angustiosamente son esperados aquí hace ya varios meses. Como esos préstamos no llegan, el gobierno de México dijo estar disponiéndose a alguna forma de moratoria, simplemente porque no tenía con qué cubrir sus compromisos. O mejor dicho, sí tenía divisas en su reserva, pero no quería llegar a la situación de extrema insolvencia en que había quedado en agosto de 1982, cuando el mismo Secretario de Hacienda que ahora podría repetir la operación anunció a sus acreedores que nuestras arcas estaban exhaustas.

Preocupado o asustado, Volcker no esperó la anunciada visita del Secretario mexicano de Hacienda, sino que resolvió hacer una inspección *in situ*. De lo que se habló podemos imaginar, como hemos dicho, dos situaciones: Una de ellas consiste en suponer que se "le cantaron las cuarenta", como dicen los españoles, es decir, se le habló con claridad reprochona y se le anunció que por no haber recibido ya no digamos crédito alguno, sino ni siquiera esperanza de obtenerlo pronto, se había asimilado ya la lección de que cada quién debía rascarse con sus propias uñas, que era lo propio que debían hacer a partir de ese momento los acreedores. O bien, en un tono mucho más mesurado, se le instó a que, comprendiendo la gravedad de la situación, interpusiera sus buenos oficios para salvar, al mismo tiempo, el buen crédito de México y la estabilidad del sistema financiero internacional.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que a su regreso el señor Volcker puso a funcionar su varita mágica. Anunció que las conversaciones del gobierno mexicano con el Fondo Monetario Internacional —rotas por la intransigencia de los personeros de ese organismo financiero, sacerdotes de una religión monetarista tan extrema, que aparecen como radicales frente a sus radicales correligionarios del gobierno mexicano, se reanudarían pronto. Pero dijo más, Volcker. Dijo que aun si tales conversaciones no tuvieran un final feliz, la comunidad financiera internacional estaba ya preparando un paquete de asistencia a México, cuyo resultado sería que los créditos tan largamente demorados, y otros más que ni siquiera se negociaban, caerían como maná sobre el suelo mexicano, en muy breve plazo.

A partir de entonces ocurrió algo en que, comparado con la confusión de las lenguas provocada por los hombres al intentar construir la torre de Babel, el episodio bíblico aparece como un modelo de comunicación inteligible. El gobierno mexicano dijo no saber nada de ese nuevo proyecto de asistencia financiera en su favor, pero actuando como si ya supiera de qué se trataba, se abstuvo de formular anuncios que con toda evidencia estaba preparando. El mismo día en que Volcker estaba en México, el presidente De la Madrid concedió una entrevista a Guillermo Ochoa y Angel Trinidad Ferreira, de Televisa y del Instituto Mexicano de Televisión, respectivamente. Todo el mundo esperaba anuncios de gran trascendencia, aunque el procedimiento para formularlos fuese heterodoxo o novedoso al menos. Tan era cierto que se esperaba de esa emisión nuevas pautas en la política económica, que el martes 10 por la mañana, en la sesión de la Comisión Permanente del Congreso, la diputada priísta Marcela González —la misma que dijo antes que compraba artículos Conasupo en las Lomas, por lo que era justificable el recorte al presupuesto de esa paraestatal— desestimó la petición de sus colegas opositoristas para que el Secretario de Hacienda acudiese a la Cámara a explicar qué nos pasa en materia financiera, con el argumento de que esa tarde el Presidente se referiría a tales asuntos, y que el propio Silva Herzog añadiría informes sobre el particular el viernes siguiente, 13 de junio.

El Presidente habló, sí, de la situación financiera de México pero no introdujo ninguna aportación novedosa a su pensamiento sobre el particular. Es cierto que dijo que el "cumplimiento de los compromisos internacionales de México estarían sujetos a su capacidad de pago, pero ya lo había dicho el 21 de febrero anterior". Y Silva Herzog, quizá afectado por la superstición que tilda de día de mala suerte a los viernes 13 —aunque no tanto como los martes de igual número— se abstuvo de hacer bueno el pronóstico de la diputada González, con lo cual de paso dejó con un palmo de narices a los legisladores que si no podían oírlo en la Cámara al menos esperaban tener noticias suyas a través de otros medios.

En esas estábamos al mediar el mes de junio. El alborozo producido por la victoria de la selección mexicana sobre la de Bulgaria sirvió para que se exigiera en tono menor una decisión sobre la delicadísima materia que envuelve a la deuda externa y los programas económicos sobre la crisis. Pero esa alegría no puede funcionar como distracción durante mucho tiempo, y las decisiones tendrán que tomarse. Las más fáciles suponen la aceptación de los créditos presuntamente ofrecidos, que sacarán el buey de la barranca por un periodo corto, pero nos hundirán más en el pantano de una deuda que no se pagará nunca, y que sólo nos agobiará más con crecientes intereses.

Es necesario que el gobierno adopte caminos diversos. No es preciso que para ello proclame la independencia financiera de nuestro país mediante un grito libertario que nos resultara costoso. Pueden emplearse, con el mismo objeto, fórmulas moderadas que permitan no trabajar para pagar, y menos mendigar créditos nuevos cuyo único o principal propósito es el de pagar los intereses.

Pagar con pesos, según la fórmula recomendada por el doctor Víctor Urquidí, o comprar a precios rebajados parte de la misma deuda, al paso que lo hagan también empresas extranjeras ya establecidas en México, o fijar una proporción de los ingresos de divisas para el servicio de la deuda, son algunas de las maneras no revolucionarias de enfrentar el problema de manera de encaminarse realmente a su solución, y no meramente a su aplazamiento. De otras fórmulas, que requieren mayor decisión y una vinculación entre el gobierno y los ciudadanos, mejor ni hablemos.